

Adolfo J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, *Las colonizaciones en el Mediterráneo antiguo*, Madrid, Síntesis, 2022, 326 pp. ISBN: 978-84-1357-165-2.

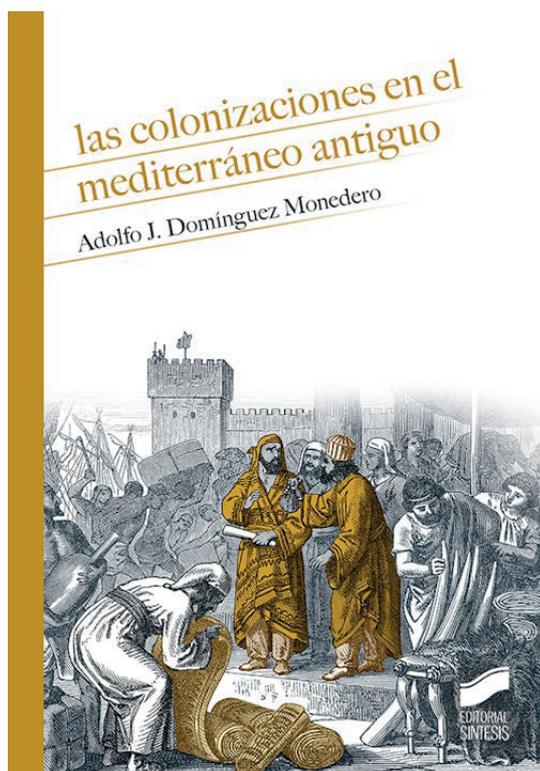
La actividad colonizadora en ámbito mediterráneo durante la Antigüedad constituye un fenómeno histórico que, tradicionalmente, ha ocupado un lugar central en la investigación histórico-arqueológica del mundo antiguo. La aproximación al concepto de colonización de época Antigua resulta compleja, al ser éste muy prolongado en términos cronológicos, presentar características desiguales en cada una de sus etapas y depender de fuentes

escritas y materiales por lo general escasas, lo que exige un gran esfuerzo para su comprensión. El libro de Adolfo Domínguez Monedero, catedrático de Historia Antigua en la Universidad Autónoma de Madrid y experto en los movimientos coloniales que afectaron a las áreas del Mediterráneo central y occidental, está escrito con la intención de superar estos obstáculos.

El volumen se abre con un capítulo introductorio dedicado a la conceptualización de la colonización en la Antigüedad, en el que también se reflexiona en torno a la tendencia de la tradición colonial decimonónica de proyectar sus propias teorías en los procesos de colonización de griegos y romanos, con el propósito de justificar y legitimar su praxis colonial presentándola como acción civilizadora y difusora de una cultura ética e intelectualmente “superior”, la europea, frente a las culturas “inferiores” de las poblaciones dominadas y colonizadas. A continuación, el autor aborda los procesos coloniales promovidos por fenicios, griegos y romanos por separado, dedicando a cada uno de ellos un espacio de

similar extensión (cien páginas aproximadamente) y profundidad. Esta estructuración del libro disminuye el riesgo de predisponer al lector a jerarquizar favorablemente la aportación histórica de una u otra de las tres culturas estudiadas sobre las demás.

Basado en un criterio cronológico, se aborda, en primer lugar, el proceso colonial fenicio, al que se dedican dos capítulos (2 y 3), en los que se discuten los orígenes del



mismo y se recorren sus áreas de expansión. En este contexto el autor lamenta la ausencia de fuentes escritas fenicias, lo que deja sin respuesta a numerosas incógnitas, caso de las motivaciones que impulsaron inicialmente un proceso que llevó a grupos de personas del área sirio-palestina a navegar, comerciar y, finalmente, establecerse en lugares tan alejados de su área de origen como las costas norteafricanas, las de la Península Ibérica e, incluso, las del África atlántica. Según el autor, más que por efecto de la presión de agentes exógenos, este proceso ha de suponerse motivado por el deseo de las élites comerciales fenicias de hacerse con el control y explotación de importantes recursos por alejados que estos se encontraban. Las distintas colonias fenicias seguían un modelo fundacional común, destacando unas determinadas características geomorfológicas y topográficas de los lugares elegidos para los asentamientos, el mantenimiento del vínculo con la metrópolis oriental, pero también la intensa rivalidad entre las colonias más pujantes. Se desgrana, a continuación, la amplia serie de fundaciones fenicias desde Lixus, en la costa africana atlántica, a las de la Península Ibérica, África mediterránea –destacando a Cartago– e islas del Mediterráneo central. El autor discute la problemática de la más antigua colonización fenicia de la Península, como esta se manifiesta en yacimientos como Huelva y, en especial, La Rebanadilla, en Málaga, que reflejan la fase más temprana de frecuentación fenicia (finales del s. IX a. C.), que enlazaría todavía con el momento de los viajes exploratorios, previos a la fundación de ciudades. Este modelo de establecimientos esporádicos y de reducido tamaño, carentes de estructuras urbanas, si bien dotados de estructuras de culto, será sustituido, a continuación, por un nuevo modelo basado en fundaciones urbanas, que se adapta mejor a las exigencias de explotación de los recursos de zonas estratégicas. En este contexto destaca la colonia de Gadir, en torno a la cual surgen una serie de importantes cuestiones. Los esporádicos hallazgos arqueológicos de las últimas décadas, a pesar de las dificultades de interpretación que estos plantean, no parecen confirmar la existencia de un gran centro urbano fenicio en el emplazamiento de la actual ciudad, lo que suscita cuestiones en torno a las características de la colonia. Domínguez Monedero se inclina a aceptar la hipótesis que defiende la inexistencia de un gran centro urbano en el emplazamiento de la actual Cádiz, reconociendo, en cambio, una ocupación colonial de toda la bahía, a través de un sistema de asentamientos menores, que reflejaría el modelo de ocupación multinuclear, aplicado por los fenicios también en otros lugares colonizados. El autor dirige, así mismo, el foco de atención hacia el importante asentamiento cercano de Castillo de Doña Blanca, el único de la zona que ha tenido continuidad durante siglos y que dispone de importantes estructuras, incluidas potentes recintos defensivos. Esta característica lo convierte en el único asentamiento del siglo VIII a. C. de la bahía gaditana que refleja el significado de “recinto cercado” o “fortificado”, que Plinio atribuye al término *gadir*. El autor actualiza, así mismo, la interpretación del emblemático yacimiento de El Carambolo, en Camas (Sevilla), antaño considerado un destacado referente de la cultura tartésica, que tras las investigaciones de las pasadas dos décadas, emerge ahora como un espacio de impronta claramente fenicia. De hecho, la aparición de un doble santuario fenicio otorga protagonismo a las funciones de culto desempeñadas por El Carambolo en el marco del área empórica de *Hispalis* (**Spal*). La fusión de elementos culturales fenicios e indígenas se perciben en algunos asentamientos, en especial del Mediterráneo central, tal y como se pone de manifiesto en el seno de la cultura nurágica de Cerdeña o en la propia fundación y posterior evolución de Cartago.

Los capítulos dedicados al ámbito griego (4-7), no se limitan solamente a estudiar los movimientos coloniales helénicos de época arcaica, sino que abarcan fenómenos de época clásica y helenística. Con respecto a la colonización griega más antigua, Domínguez

Monedero dibuja el marco contextual que llevó a varias *poleis* a buscar en la colonización la válvula de escape para aliviar tensiones y conflictos internos. El autor analiza los distintos modelos seguidos por la colonización arcaica griega, expone la mecánica del proceso colonial y recorre toda la geografía de la expansión colonial, desde la Italia meridional y Sicilia, al Egeo septentrional y las costas del Mar Negro, el norte de África y, en Occidente, las costas de la Galia y de la Península Ibérica. De especial interés resultan los capítulos 6 y 7, dedicados a la acción colonizadora de época clásica y helenística respectivamente. Por lo que concierne a la primera, se expone el modelo puesto en marcha por Atenas durante el siglo V a. C., en especial, el papel y significado que tuvo, para el estado ateniense y sus ciudadanos beneficiarios, la fundación de cleruquías en diferentes lugares del Egeo, con el fin de crear una red de control y, a la vez, mejorar las condiciones de vida de grupos de ciudadanos atenienses desfavorecidos. El autor también alude a otras ciudades que, en época clásica, emprendieron proyectos análogos, destacando el caso del tirano de Siracusa Dionisio el Viejo, entre 406 y 367 a. C.

La colonización helenística, consecuencia de las campañas de Alejandro, atañe tanto a los proyectos personales del rey macedonio, con Alejandría de Egipto en primer lugar, como los de sus diádocos. Los múltiples problemas que plantea radican en la escasez de datos y la aplicación de distintos modelos en los proyectos de reubicación de grupos de personas en fundaciones nuevas. La principal función de estas, que, sin duda, contribuyeron a la difusión de la cultura griega, era la de satisfacer necesidades de control territorial y de garantizar el abastecimiento de las tropas. A pesar de implantarse en territorios arrebatados al Imperio persa, la convivencia entre los colonos y las poblaciones autóctonas no resultó, al parecer, particularmente problemática, como tampoco lo fueron los proyectos colonizadores de los diádocos, en especial los seléucidas, dirigidos a controlar y administrar el inmenso territorio bajo su dominio, poblado por gentes de culturas muy alejadas de la helénica.

En los capítulos 8 y 9 se trata el concepto y modelos de colonización llevados a cabo por los romanos. El autor explica las diferencias entre las colonias latinas y romanas y señala las áreas afectadas por la expansión colonial, los momentos en que esta se manifiesta, así como sus mecanismos basados en la ocupación y expropiación de los territorios a colonizar. A la fundación de colonias de derecho latino entre 338 y 177 a. C. se sumaría, a partir de finales del siglo IV a. C., la política de fundar colonias *civium romanorum*, destinadas a proporcionar tierras a los *proletarii* romanos. La política colonial permanecería en vigor durante toda la época republicana, con fundaciones de colonias de derecho romano a lo largo de toda la geografía de la Península Itálica y, extendiéndose, a partir del año 122 a. C. a distintas áreas del Mediterráneo. En *Hispania*, el autor discute el peculiar caso de la fundación de *Carteia*, en el año 177 a. C., a la que se le otorgó el derecho latino, y alude a la situación de otras fundaciones de los siglos II y I a. C. para las que la investigación ha supuesto, en ocasiones, la concesión del estatuto de colonia romana, a partir de argumentos que el autor considera débiles o insuficientes. Las primeras fundaciones que se beneficiaron del estatuto de colonia romana en *Hispania* serían las promovidas por Julio César. Sobre la colonización romana de los periodos de la Guerra Social y las Guerras Civiles, dentro y fuera de Italia, destinada a absorber un gran número de veteranos, así como los procesos coloniales del período augusteo e imperial, versa el capítulo 9.

El libro concluye con una amplia y bien seleccionada recopilación de textos, una utilísima tabla cronológica de las colonias griegas, un listado de las fundaciones coloniales helenísticas y romanas y un apartado de bibliografía.

Es digna de admiración la maestría del autor para hilvanar un panorama tan equilibrado del fenómeno colonizador en el Mediterráneo antiguo y de sus múltiples facetas

y particularidades. El resultado de su esfuerzo es un libro científicamente riguroso, de amena lectura y de gran utilidad tanto para el alumnado universitario en formación, como para cualquier persona interesada, incluidos los profesionales del área, que deseen tener una visión global sobre uno de los fenómenos más complejos del mundo antiguo.

Vasilis TSIOLIS
Universidad de Castilla-La Mancha
tsiolis@uclm.es
<https://orcid.org/0000-0003-3269-1005>